

Minificción

JUACO EL ESCRITOR DE SUEÑOS

Hernán Ruíz R.
Cread Ibagué

Juaco pateaba sin parar todo lo que se le atravesaba de camino a casa. Después de un día de colegio, jugaba con tapas, botellas plásticas y creaba partidos imaginarios, narrando los clásicos del fútbol, mientras le hacía g a m b e t a s a l aburrimiento y sacaba de taquito todos los regaños de su maestra, la señorita Lancheros, quien parecía estar siempre de mal humor. Lo que más le gustaba a Juaco de llegar a su casa, era encontrar en la mesa esa jarra de limonada con panela que solo su mamá sabía hacer y que cuando había partidos era refresco de dioses, ella sabía que nunca llegaba solo, por eso siempre hacía una jarra para el combo San Martín, como les puso, pues eran los más conocidos en el barrio y no, por ser los más juiciosos.

Doña Lola los conocía por los siete vidrios que ya le habían quebrado, don Carlos por las cuatro tejas que le habían dañado, don Luis, porque el recibo del agua le llegaba más caro, por cada baldado que les echaba encima cuando jugaban y que decir de la abuela Pancha, quien había tenido que levantar la puerta de su jardín y volver a

sembrar sus rosas y sus sábilas más de 10 veces, pues parecían ser las preferidas de los balones, y así cada uno en el barrio, tenía una marca de los clásicos que jugaban Juaco y su combo en las tardes y noches, por todas las calles de San Martín.

Todos los días Juaco y sus amigos se encontraban frente al palo de mango, aquel que cuando había cosecha era el hogar de todos los niños del barrio. Como pájaros, se llenaban del néctar de los mangos, cada uno en una rama diferente, picando aquí, picando allá, hasta dejar el palo peladito; en otras ocasiones se encontraban a la orilla del caño que pasaba por el barrio y jugaban con barcos de papel tratando de alcanzarlos, pues el agua los llevaba muy rápido, lo que les permitía apostar carreras y soñar con tener los veleros más rápidos e inmensos del mundo y navegar en océanos de sueños.

Una noche pasó lo inesperado, Juaco pidió permiso a su mamá para reunirse esa noche en su cuarto junto a sus amigos y contar historias de miedo. Prepararon maíz

pira, gaseosa y cada uno alisto su lugar, preparados para lo que sería una noche de no dormir. Siempre que lo hacían, terminaban a los pies de sus papás temblando de miedo bajo las cobijas, esperando que no apareciera ni la mechuda, ni la pata sola, o el mohán, o la bruja del palo de mango, todos los personajes que el abuelo de Juaco le contaba y que el recreaba para asustar a sus amigos.

Luego de las historias y de la comida, Juaco les propuso hacer algo diferente. Había visto en la televisión una película donde los miembros de una pandilla de niños, escribían sus sueños, lo que querían ser de grandes y luego lo guardaban en un frasco, lo tapaban y lo enterraban, así los sueños de todos estarían protegidos y nunca se perderían. Después de que pasaran los años volverían a reunirse y sacarían sus sueños para ver cuantos se habrían cumplido. Dicho y hecho, Juaco arrancó las hojas de su cuaderno viejo, les pasó lápiz y buscó un tarro de café vacío de su mamá para que sirviera de caja fuerte. Cada uno escribió sus sueños y los guardaron en el frasco, lo tapó y decidieron que al otro día lo enterrarían debajo del palo de mango, así tendrían un lugar estratégico para luego regresar, ¡ah! y aprovechar para comer mangos cuando volvieran después de unos años. Tal vez los sueños enterrados ayudarían a que salieran mangos más dulces y grandes. Como ya era muy tarde se fueron a dormir, Juaco y sus amigos quedaron llenos de emoción y ansiedad por la aventura que tendrían al otro día.

Juaco se levantó temprano, ayudó a los oficios, baño a Negro el perro de la casa, mientras su mamá ordenaba su cuarto. En la tarde llegó el combo San Martín, preparados para ir a su gran misión y para bajar uno que otro manguito, Juaco los saludó y fue a buscar su caja fuerte, aquella que contenía

sus secretos, sus sueños, sus anhelos y que sería la motivación para siempre luchar. Buscó en su mesita de noche, en el viejo armario, debajo de la cama, entre sus juguetes, en la cocina, en el baño, hasta en la casa de Negro, pero nada. Casi llorando busco a su mamá y ella tampoco sabía, y pasó lo impensable, el tarro había desaparecido. Sintió un dolor en su pecho, su barriga empezó a gruñir como cuando comió tantos dulces y enfermo. Una sensación de tristeza lleno sus ojos de lágrimas mientras se acercaba a la puerta a informarle a sus amigos la desgracia, ver las caras ansiosas de todos le produjo más tristeza, mientras con su voz temblorosa les contaba lo que sería el comienzo de un tiempo que Juaco nunca olvidaría.

Todos se llenaron de un frío desgarrador en su pecho, la aventura no tendría final feliz, tal vez la bruja del palo de mango había robado su tesoro para evitar que el palo diera mangos más dulces, tal vez la mechuda lo había sepultado debajo de la cama, tal vez, suspiró Juaco, solo pasa en las películas de niños. Desde ese día todo cambió, todos se fueron a sus casas con un vacío que nunca habían tenido, Juaco trataba de recordar o pensar qué había pasado, buscaba en su memoria, reconstruía lo que había hecho al despertar, recordaba que se levantó y como todos los días, jugó fútbol con sus cobijas, con las almohadas, con todo lo que estaba en su cuarto, pateó como recordaba que lo hacían sus grandes ídolos del fútbol, fue entonces que con asombro recordó las palabras de su madre:

No sigas pateando todo, no sea que un día, patees tus sueños y se queden en algún techo, caigan en la cañada o se pierdan en el olvido.

Juaco no le dio en el momento

importancia a las palabras de su mamá.

Pero ahora le asustaba pensar que él era el culpable de la pérdida, ¡qué tal si pateé el frasco y lo saqué por la ventana y cayó al caño!, ¡qué tal si cayó en un techo y lo botaron! O ¡qué tal que se haya perdido en el olvido!, suspiró Juaco, lleno de culpa y de tristeza.

Los días en adelante fueron llenos de silencio, Juaco no salía a jugar, solo se la pasaba de la casa al colegio y del colegio a la casa, ya no tenían sentido para él los juegos, ni el árbol de mango, ni la cañada, todo le recordaba ese fatal día.

Así pasó toda una semana, la mamá preocupada, inició una brigada de rescate del frasco en su casa. Llamó a todos los vecinos. Doña Lola fue la primera, luego Don Carlos, don Luis y hasta la abuela Pancha, todos olvidaron por un momento, los vidrios rotos, las tejas, las matas y el agua, esa semana extrañaban los gritos, las risas y las aventuras del combo San Martín, además, la tristeza en el rostro de Juaco les conmovía el corazón. La casa se convirtió en una feria de cosas, todo se movió, todo se sacó, no quedó un espacio de la casa que no revolcaran buscando el frasco, mientras Juaco miraba cómo se esfumaban las esperanzas de encontrarlo. Él no quiso ver más aquella escena, y salió triste buscando el palo de mango, cómplice de tantas alegrías y ahora testigo de sus lágrimas.

Un grito de júbilo rompió el silencio en San Martín, ¡lo encontré! ¡Lo encontré! Gritaba la mamá de Juaco, mientras corría al palo de mango en búsqueda de su hijo. Ella había recordado que en su cajón tenía muchos tarros de café donde guardaba hilos, botones, papeles, y el día que había ordenado el cuarto de Juaco pensó que él lo había sacado y lo volvió a meter allí. Todo estaba

resuelto, los vecinos aplaudían y celebraban el hallazgo, bueno doña Pancha no aplaudía muy duro, pues volverían los balonazos a sus matas y a su puerta, al igual que los vidrios, las tejas y el agua volvería a aumentar, pero en el fondo todos sabían que eso era parte de la niñez, de las aventuras que como Juaco, ellos también habían vivido.

Juaco volvió a ser el mismo de antes, no quiso enterrar el frasco, devolvió las hojas a cada uno de sus amigos, era mejor que llevaran y guardara sus sueños, entonces Juaco entendió que la mejor manera de no olvidar o perder sus sueños es escribiéndolos en la memoria.



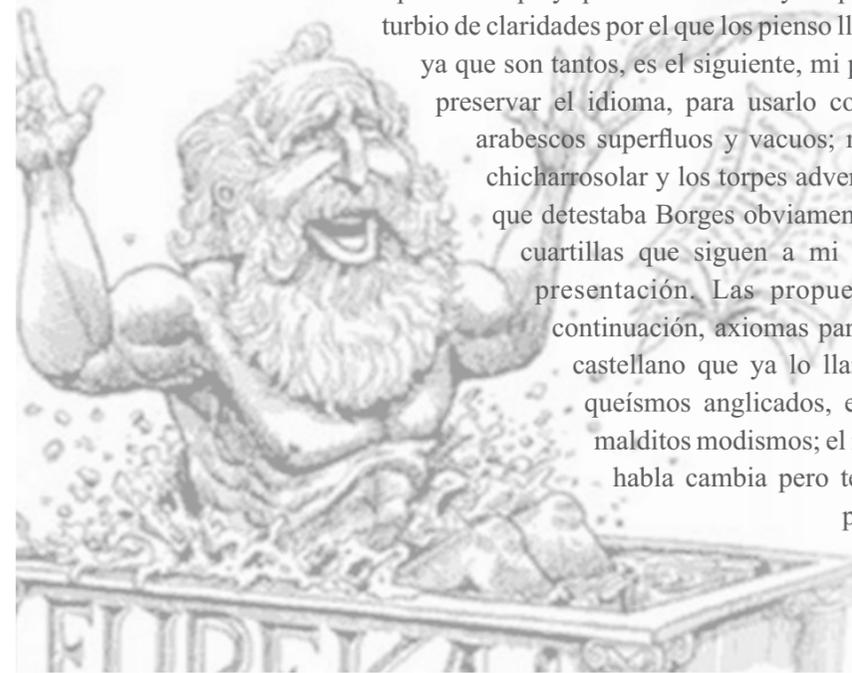
Minificción

Señoras y señores

Sin título (Aún)... (...)

Andrés Leal

Señoras y señores, mujeres y hombres, niños y niñas, jóvenes y jóvenes, ancianas y ancianos, parricidas y filicidas, muchachitos y muchachitas, guambitos y guambitas, güipos y güipas... En fin, encopetada concurrencia que me acompaña ahora mismo, aquí y ahora, aunque me acompañaban también antes de allá en el pasado y lo harán en el próximo futuro. La zalamera y ecuménica reverencia a la infinita afluencia y recordemos que el infinito puede ser el $4 + 4$ o el 4×0 ... y el de aquí y ahora, el de allá en el pasado y en el del próximo futuro es el infinito sin el monoplíeque. Y bueno sin tantos rodeos, vueltas redondas y círculos sin ángulos; el llamado llano, directo, inmediato, franco, espontáneo, evidente, obvio, claro, diáfano, diamantino, prístino; sin Adorno ni Holkheimer, sin dialéctica, ni maniqueísmos absolutos, lógicos y absurdos; sin el bien y el mal mediando es por el cual los cito a que me escuchen o si lo prefieren a que me oigan como oyen a los truenos que caen durante este radiante verano o a las chicharras que murmullan contra el sol por hache pe y quemarlas a ellas y de paso a sus fieles oyentes. El río turbio de claridades por el que los pienso llevar o mejor dicho proponerles ya que son tantos, es el siguiente, mi propuesta casi axiomática para preservar el idioma, para usarlo correctamente, eficazmente, sin arabescos superfluos y vacuos; metáforas recargadas, regodeo chicharrosolar y los torpes adverbios terminados en mente, los que detestaba Borges obviamente; se resume en estas cuantas cuartillas que siguen a mi árida introducción y discreta presentación. Las propuestas se verán claramente a continuación, axiomas para defender a capa y espada al castellano que ya lo llaman español, de anglicismos, queísmos anglicados, el detestable dequeísmo y los malditos modismos; el idioma cambia porque el que lo habla cambia pero tengo la fórmula, diría Eureka pero no lo diré porque ya lo dije.



Minificción

IZASKUM

Ainilda Patricia Vila Laguna

Cread Ibagué

Triste, leve, sin lograr percibir ninguna sensación en la piel. Sus manos gélidas por el tiempo aún no sospechan el dolor y el congelamiento de su espíritu, de su ser, de su amor, de su vida, de su corazón... Escucha en el vacío de su mente los pasos de aquel que cada día amó. Sin esperar nada a cambio entregó cada centímetro de su ser a ese hombre que la despojó de su bien más amado, de lo único con lo que se vanaglorió por largos años, de lo que nunca entregó, pero por lo que sin lugar a dudas más disfrutó.

Sencilla, sigue en silencio aguardando la llegada de ese, el hombre que un día sin más y sin menos se esfumó, quedando rezagada a un recuerdo, ella al final estampa en una sábana sus restos, sus despojos, sus amores. Volando cada noche en

su habitación siente el ímpetu del viento, alcanza los pasos de aquel que sin vuelo voló y no regresó, cuenta los besos que por su piel pasaron, alucina sentirse una vez más en los brazos de su amado.

Quizás contar estrellas sea arriesgado, pero lo es más contar las caricias y los besos idos aquella noche, describir con detalle las lisonjas y los roces que tanto soñó en el silencio de lo que fue su sombra.

Sutil se desliza por su mejilla algo calentito, una de tantas lágrimas recorre su rostro desnudo, y una noche más espera aquella membrana indolente que con el paso de los años aún no se ha decidido a regresar.

Cierra su baúl de recuerdos muertos, decide colgarlos, incinerarlos, quiere dar un paseo por las mieles del amor y el deseo. Ya no cuenta las horas entre destellos de alegría

y tinieblas. Aunque su cuerpo envejecido filtró la madurez que solo los años consiente, reinaugura un corazón solitario que está a punto de perecer, la moribunda publica anuncios por toda la ciudad.

Cuando llega el esperado encuentro, atisba en unos ojos llenos de color los recuerdos atados, despierta o no, salta al pasado del que siempre quiso desertar. No hay derecho, ni izquierdo ¿Puede acaso más el amor? es hora de averiguarlo. Él no se da por enterado de lo que desanudó. La toma, entra a su vida y ella atraviesa la puerta del olvido. El día es perfecto, parece una virgen inmaculada fundiendo sus alas con una tarde apasionada que nunca se volverá a vivir.

Suscita cada movimiento y envuelve entre sus pechos el ardor de aquella tarde trémula y perpetua que siente nunca volver a vivir, entre sus recuerdos crece la pasión y aun el amor deambula por entre los pasillos de aquella locura desenfrenada que se permite vivir. Sin aliento, sin fuerzas pero con el recuerdo vivo de aquel al que amó, prosigue...

Él, sin sospechar de la bravía que acaba de despertar se pierde entre sus profundos ojos color gris como el humo y el odio. Despierta su sonrisa y con sus manos percibe la piel aun erizada del placer y de cada caricia...

Sobrio aún por el deseo pero perdido por la liviandad, la lleva a un lugar disfrazado de placer, donde ella suelta su ser interior que hasta ahora estaba perdido entre las penumbras por el dolor que en algún momento sintió... Llegando al máximo de su sentir, con cada rose, con cada beso, con cada orgasmo logra sentir deshacer sus penas y vivir en el presente... pero aún no, aún sigue, siente, sueña, revive...

Al borde del desenfreno, ella se permite desvestirse una daga, la que siempre guardó para el momento, y la hunde mirándole fijamente sus ojos sonrientes, luego habita su piel para sentir la sangre que corre caliente más enérgica que al momento del orgasmo alcanzado al terminar la faena. Y con la dicha del deber cumplido se permite descansar bajo su dermis para poder preservar el calor del cuerpo poseído, logra amarlo tal como a su gran amor, aquel artífice de su locura, al fin logra sepultarlo.



Minificción

Laura Catherine Chacón Leal

Lic. en lengua castellana

Cread Cali

EL CIELO

Si el viajero hubiese tomado bien aquel mapa, no disfrutaría de los hermosos jardines.

Si el viajero hubiese tomado bien el mapa, no disfrutaría de las personas alegres, de los paisajes más maravillosos y del universo más esplendido.

Si el viajero hubiese tomado bien el mapa estaría vivo.

LA OBVIEDAD QUE LOS VELOS CUBREN

Ella pasa a mi lado, me mira cómo sino me recordara. Siento como si la noche anterior hubiese besado otra mujer, ella pasa, no me saluda, no hace ningún gesto. Eso me irrita de ella, sin embargo, entiendo que su vestimenta de habito mata su humanidad...

La sigo mirando y de pronto ella voltea con ojos curiosos, me alegra saber lo libre que es.

Poesía

Laura Catherine Chacón Leal

Lic. en lengua castellana

Cread Cali

EL COLOR DE LOS CIEGOS

Arte de luz
Infierno sonoro
Heridas de aromas
El tacto no se besa
Y el ácido palpita fuerte

Variedad de posibilidades
Abanico de realidades
Pájaro sin alas
La vida es un milagro sin cumplir
Un pensamiento inevitable.

Erika Paola Motta Totena

Lic. en lengua castellana

Cread Ibagué

Miradas inquietantes, ráfagas de sudor por mi cuerpo, células
palpitando por todo el universo deseando unirse a otras para danzar,
Mares, estrellas, hilos y alfombras fulminantes
Son mis compañeras durante este éxodo de la realidad.

Ahora me lleva una enemiga rastrera, que ahoga mi ser,
Una Amante inexpresiva de la que sólo la poesía puede liberarme.
Días, meses, años enteros estando con los ojos abiertos,
Me he torturado,
He sentido el olor repugnante a la soledad,
He visto como los rayos del sol bifurcan la ya inexistente virginidad de la luna,
Un éxodo con palabras,
Un éxodo con imágenes,
Un éxodo de aquí para estar allá.

Una nueva ley rige mi vida,
La ley de la migración interna.
Una sensación que solo el sonido de las hojas
a punto de caer en el otoño puede entender.
Una locura que ahora es abrazada por heladas
carretilladas de tierra, que caen sobre este éxodo.

ÁCIDO SULFÚRICO

¿Y quién digo que la vida no es más que la mezcla
constante entre azufre, hidrógeno y oxígeno?,
¿Quién no ha sufrido la ceguera que produce
el contacto con el ácido de la muerte?,
¿Quién no ha probado el sulfato en las aguas de la estigia y
ha quedado cicatrizado con la huella del vilipendio?,
¿Quién no ha deseado hundirse en las arenas de
vitriolo para liberarse de sus recuerdos?,
¿Quién no se ha carbonizado con el
beso de un amante inexorable? o
¿Quién dice que la vida no es una pipeta con
ácido sulfúrico a punto de estallar?
¿Quién?

Poesía

SOLAZ

Un recuerdo asfixiante invade cada día
Mi existencia, una oz armónica acompaña
Mis apacibles sueños.
Un olor nauseabundo a soledad
Germina cada tarde con el recuerdo de aquella
Muerte.

Muerte juguetona, muerte enamorada de mis cabellos
Y de mis sufrimientos, mujer blanca, sombra palpitante,
Me estás consumiendo lánguidamente hasta el
Punto de extrañarte cuando no estás.



Poesía

Juego contigo y tú juegas con mis cabellos,
Me tomas, me elevas y me arrastras,
Mientras que yo juego con tu arma, la voy
Debilitando y volviéndola tan delgada como
Un simple cabello, que no será capaz sino de escindir
Vanos recuerdos.

